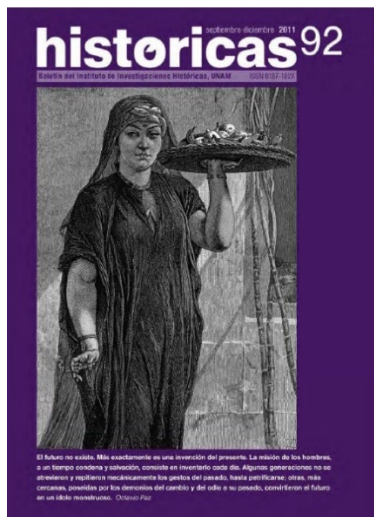




Artículo: En la carrera editorial: Ramón Luna Soto

Autor(es): Cruz Soto, Rosalba

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 92

Año: 2011

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Cruz Soto, Rosalba. "En la carrera editorial: Ramón Luna Soto" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 92 (2011): p. 28-35. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3541>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

En la carrera editorial: Ramón Luna Soto*

Rosalba Cruz Soto

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

El personaje al que hoy me refiero forma parte, desde 1943, de la comunidad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Se trata de Ramón Luna Soto, con 68 años entregados a la casa de estudios. Desde la edad de 18, en la Imprenta Universitaria, y hoy, con unos 85 años auestas, asiste a diario a laborar en el Instituto de Investigaciones Históricas. Aquí se le transparente el disfrute y el conocimiento de los libros. Editor por vocación, es ejemplo de un aprendizaje que dura la vida completa y de la manera en que se ingresa con el nivel de aprendiz en una imprenta y, 22 años después, en escalada, es promovido hasta el último rango del escalafón para dirigirla. Es lo que conocemos como un *self-made-man*; vamos, un culto a la disciplina y la autoformación.

Se sabe que su gusto por los libros va de la lectura a su hechura, de la corrección a la pulcra producción de un texto. Y si hablamos de la tarea de producir una obra, destaca la precisión que tiene para cada una: armonía en los colgados, interlínea adecuada, equilibrio de los blancos, medianiles proporcionados, lomos bien presionados —nada cabezones—, selección de color dentro del registro, adecuada disposición de aquellos textos suplementarios para el lector como, por ejemplo, las cornisas. ¿Para qué tanto garigoleo en los folios o en las cornisas de un libro de línea, si lo importante es el texto del autor? O como señala un gran tipógrafo: “Los discursos

* Este trabajo fue presentado el 29 de junio de 2011 en una reunión académica del Instituto que contó con la presencia de Ramón Luna Soto; tras la lectura de este texto, el evento se transformó en un cálido reconocimiento, en un homenaje al señor Luna, por toda una vida dedicada a la publicación de libros en la UNAM, y a nuestro Instituto le tocó la fortuna de contar con su trabajo, y disfrutar de su sabiduría, los últimos 27 años de esa vida laboral. (N. del E.)

alojados en los libros deben llegar a los lectores sin transitar por apretados recovecos [...] para que el vínculo con el autor no decaiga mientras dure la lectura”.

Hay una amplia lista de normas que editores e impresores poco avezados omiten cada vez con mayor frecuencia, para infortunio del lector. Porque ya casi a nadie le importa “lo correcto” en el libro. Las normas para la formación han sido desplazadas por el “ahí se va” y el “todo se vale”, o el “poco importa la armonía de una caja mientras las portadas estén ‘bien bonitas’ ”.

Durante su extensa carrera, Ramón Luna Soto se ha topado con muchos legos, algunos dispuestos a aprender y otros más —no es ningún secreto— que menosprecian su experiencia y sus conocimientos. Sin embargo, unos y otros terminan por recurrir a él para resolver dudas, para sacar al burro de la barranca cuando ya quedó un forro mal impreso, cuando el lomo no tiene el tamaño justo o cuando, ya encuadernado, le falta algún dato a la página legal, a la portadilla o al índice.

Hoy pongo en marcha este relato no sé si porque, ante el anuncio de su próximo retiro, me es preciso repasar los 17 años de convivencia con él, o porque la gratitud me exige hacer no sólo un reconocimiento a su esfuerzo, sino a sus enseñanzas. Porque, fuera de las aulas, en la UNAM también se aprende a diario, y hay quienes nos instruimos de las labores de otros; en este caso, de Ramón Luna Soto. Tal vez sea un error nombrarlo *editor de profesión*, ya que en nuestro país no existe una sola instancia académica en donde los interesados en los libros aprendan profesionalmente a producir ya no digamos libros a secas, sino libros buenos, bien hechos, “como debe ser”. En otras naciones sí las hay; por ejemplo, en Brasil, Canadá, España y, por supuesto, en Alemania, Italia y Suiza, cunas de distintas imprentas destacadas.

Escuelas, alguna vez las hubo en México para el aprendizaje de aquellos que se desempeñarían como teclistas, monotipistas, fundidores de monotipia y tipos sueltos, cajistas o componedores, linotipistas, oficiales para poner a punto las máquinas impresoras, maquinistas de rotativa, compaginadores de fotocomposición, alzadores, guillotineros, engomadores o encoladores, barnizadores de forros, doradores de mano o de prensa y, por supuesto, los auxiliares y ayudantes de máquinas. Toda una sarta de nombres caídos ya en desuso porque las computadoras, junto con sus múltiples programas y los equipos modernos, los han borrado de la cadena de la producción editorial.

Si es cierto que los libros de un país reflejan su desarrollo económico y social, en México, sin lugar a dudas, vamos en una caída que pocos pueden detener. Y es que se publica un alto número de títulos, que serán leídos por unos cuantos, con tirajes cada vez más exigüos. Un oasis ha sido la UNAM, nicho de la edición de obras científicas, técnicas y profesionales; sin embargo, su producción no logra hacer verano en un país donde se importan más libros de los que elaboran las imprentas mexicanas, ya que resulta más caro importar el papel que editarlos en Singapur, Hong Kong o Colombia.

En este oasis editorial que es la UNAM, la Imprenta Universitaria, hoy desaparecida, tuvo un lugar destacado cuando todos los libros y las revistas que se editaban pasaban por ahí para su publicación, y cuando todavía la producción editorial era artesanal y formaba parte de las artes gráficas.

Tipografía, litografía, offset, huecograbado o rotograbado..., qué importa la diferencia: pocos se interesan por el manejo de estos procesos en una imprenta que ya es historia. Ahora las técnicas que permiten generar un producto impreso con tinta sobre papel son muy distintas, aunque en esencia se fundamentan todas en los mismos principios creados en 1459. Por eso es importante acercarse a ellos, a aquellos que le tocó conocer a Ramón Luna, maestro de muchos en este instituto.

De ahí que mi interés en presentar esta que es una pincelada de una gran perspectiva en la que muchos también encuentran un lugar. Creo que no hay libro de alguno de los autores de *Históricas* que no haya entrado en contacto con el trabajo de Ramón Luna Soto.

La puerta de entrada

Era un martes de marzo de 1943 —el día 16, para ser precisos— cuando el joven Ramón Luna dio comienzo a sus actividades en la Imprenta Universitaria, a siete años de haberse fundado ésta. Ingresó como aprendiz y su labor era levantar la viruta que quedaba de la encuadernación de los libros. En ese entonces era jefe de Servicio Editorial el maestro Francisco Monterde y aún no se creaba la Dirección de Publicaciones; al frente de la sección de Corrección estaba Eduardo Lizalde, más conocido por ser hermano de Enrique, el actor de telenovelas, que por su poesía y su pasión por la ópera. Rodolfo Brito Foucher era el rector de la UNAM y de él dependía directamente la imprenta.

Las instalaciones estuvieron originalmente en el centro de la ciudad de México, en la calle República de Bolivia número 17. Una casona de dos pisos alojaba en su planta baja los departamentos de Linotipos, Cajas y Formación, Prensas así como Encuadernación. La parte alta se destinó a la jefatura del Servicio Editorial y a los correctores. No estaba exactamente en la zona de las imprentas de las calles República de Cuba y República de Colombia, sino en lo que era el barrio universitario, donde se ubicaban rectoría, la Prepa 1, la Escuela de Medicina, la de Leyes, la de Ingeniería, etcétera. Fue en aquellos rumbos en los que se abrió, en 1936, el sello editorial de la UNAM.

Transcurriría el tiempo y el mismo año en que se hizo la entrega formal de las instalaciones de Ciudad Universitaria, en 1954, se mudó la imprenta. Henrique González Casanova se desempeñaba como jefe de Servicio Editorial y Nabor Carrillo como rector. Un mes antes de abandonar el barrio del centro de la ciudad, González Casanova dio la orden: “¡Hay que cerrar las puertas de la imprenta!” Y así se hizo porque había que desarmar las cuatro máquinas de linotipos, el monotipo, las prensas, las encuadernadoras y las cosedoras, y había que empacar fuentes, chibaletes, mesas, estantes, galeradas, charolas... Todos ayudaron, a pesar de que se había contratado a mecánicos de las empresas privadas que daban el servicio de mantenimiento. Y con el cargamento y su organigrama a cuestas, los trabajadores llegaron a las instalaciones de Ciudad Universitaria para armar de nueva cuenta la diversa maquinaria. El inmueble de la calle República de Bolivia quedó cerrado. Ahí sólo permaneció con su familia el velador, de apellido Reyes, que desde 1936 cuidaba por las noches las instalaciones. Tras diversas obras de acondicionamiento, en los albores del siglo XXI, el edificio se reabrió y ahora está convertido en el Museo de la Mujer Mexicana.

Ya en Ciudad Universitaria, Servicio Editorial tomó el nombre de Dirección General de Publicaciones; la imprenta crecería en volumen, mas no en organización ya que, por lo menos en lo que a talleres se refiere, continuó con los mismos departamentos y el mismo personal, muy estable por cierto, pues difícilmente se desocupaba una plaza. Se adquirieron dos linotipos más y se trabajaban turnos de siete horas: de 8:00 a 15:00 horas y de 15:00 a 22:00 horas.

Los linotipistas de aquellos años aún están presentes en el recuerdo de Ramón Luna: Sierra, Millares, Toral Moreno y Raúl Samaniego. Fue este

último quien lo recomendó para entrar a la imprenta, cuando apenas contaba con 18 años de edad. Samaniego —explica el maestro Luna— era el cuñado de mi madrina y trabajaba en la imprenta como linotipista. Él, como todos, aprendió el oficio como aún se estila en México: líricamente.

El jefe de linotipos era Ernesto M. Rodríguez y su tarea principal era llevar el control de la producción, limpiar la máquina y las matrices, lubricarla y dejarla listísima para iniciar labores el día siguiente. Luna nunca se desempeñaría como linotipista, pero conoció a la perfección el funcionamiento del equipo, porque cuando lo ascendieron al Departamento de Cajas y Formación comenzó a interesarse en la manera como funcionaban los linotipos. Por las tardes quedaba parada esta maquinaria ya que, por falta de presupuesto, había pocos operarios en el turno vespertino; durante ese horario se limpiaba y era el momento en el que Luna se metía a fondo a ver todo el movimiento. Estos asomos a los distintos departamentos le dejaron el conocimiento del oficio y le permitieron pasar de una etapa primitiva, de auxiliar, a una actividad especializada en el Departamento de Cajas y Formación. Ahí lo primero que tuvo que aprender, en vivo y en directo, fue el conjunto de caracteres del alfabeto griego y luego los del latino. Los tomaba del chibalete, uno a uno, para componer las palabras en griego, poniendo todos sus sentidos en la tarea. No era para menos. Esta labor exigía formar las líneas, de manera invertida, para que al imprimirse quedaran enderezadas para su lectura correcta.

No eran pocos los riesgos existentes en las imprentas y los errores en ellas a veces se pagaban caro. Cierta día, el cortador encargado de la guillotina del Departamento de Encuadernación llegó con su pequeño hijo a trabajar. En esta máquina, primero, se acomodaban los pliegos y unos segundos antes de que bajara la cuchilla descendía el pisón que compactaba el papel que se iba a cortar. Dicho pisón se accionaba con un pedal que fue activado por el niño cuando el cortador apenas estaba colocando el papel. La fortuna quiso que pudiera retirar las manos a tiempo, aunque, eso sí, perdió un dedo. Bueno, con todo, pudo más la necesidad del trabajo y, ya recuperado, se dispuso a seguir al frente de su guillotina.

También por esos días, en los linotipos Luna vio cómo una viruta de metal caliente fue a parar al ojo del operador que, por suerte, no lo perdió. Todo porque no traía puestos los lentes que debía utilizar durante su labor. La realidad es que no tenía por qué asistir un pequeño a la imprenta y los

lentes del linotipista no tenían que estar en otro lugar que no fuera sobre sus ojos.

Un grato recuerdo para él es que en la imprenta siempre abundaba el ingenio. A veces, cuando se descomponía alguna de las prensas, había que esperar a que llegara la pieza del extranjero puesto que se trataba de maquinaria importada, generalmente de Alemania. Pero como en la Facultad de Ingeniería de la propia UNAM se impartía la materia Mecánica Industrial y en el taller de aquella materia había tornos, los trabajadores de la imprenta se las arreglaban para que ahí se fabricaran algunas refacciones que urgían, a fin de no detener el trabajo. Nadie decía nada y tampoco nadie preguntaba. El caso es que con la pieza desgastada o descompuesta, los maestros fabricaban una nueva y eso sacaba a la imprenta del atolladero.

Mas vale disciplina que dure...

La autodisciplina puede más que la universidad. Eso se refleja en la trayectoria de un personaje como Ramón Luna, quien aprendió a corregir textos fuera del ámbito de una carrera universitaria: en la práctica y leyendo mucho. Él señala: “Desde que yo era formador adquirí la manía de revisar las galeras que entregaban los correctores, para que nosotros formáramos las líneas que ellos marcaban como incorrectas. Me daba por leer la página completa e invariablemente detectaba erratas que se habían pasado por alto”.

Así, un día, durante la formación de *Visión de los vencidos* se percató de que no había página que no presentara erratas, muchas de las cuales se deslizaron sin que el responsable de la lectura de las galeras las detectara. Para esa época, Manuel Toral Moreno dejaba de ser jefe de Linotipos para ocupar la Regencia de la imprenta, mientras que Heriberto Malváez renunciaba a la jefatura de Corrección. Al quedar la vacante, Toral propuso a Ramón Luna para ocuparla. Toral, además de ser linotipista, había sido su maestro en la escuela nocturna para trabajadores “José Martí”, que era uno de los centros educativos dependientes de la Secretaría de Educación Pública, establecidos para quienes de día laboraban y estudiaban por las noches. De hecho, Luna conoció a Toral cuando tenía 15 años, incluso antes de entrar a trabajar a la imprenta, porque en aquel centro fue su maestro de matemáticas. Asistía a la “José Martí” con su hermano Enrique, de siete a diez de la noche, para hacer estudios equivalentes a la secundaria.

Fue así como, con la recomendación de Toral, Luna cambió de un día para otro el overol de mezclilla, que vestía para formar las páginas, por el traje que se puso para dirigir el trabajo de los cuatro correctores que ahí laboraban.

Agradables recuerdos guarda de los distintos directores que vio pasar por la Imprenta Universitaria, y que eran nombrados por periodos de cuatro años. Cierta ocasión, un viernes de 1945, uno de ellos, Francisco Monterde, se dirige al joven Luna con un texto no mayor de 80 cuartillas en la mano: “Oye Ramón —le dijo—, ¿te pido un favor?” Le solicitó que, en su posición de formador, adelantara el trabajo para la obra que le urgía publicar en la colección Biblioteca del Estudiante Universitario. Luna no se dio tregua y se afanó todo el sábado para formar cinco pliegos de 16 páginas cada uno, sacó pruebas de rol a mano y el lunes le presentó al director las 80 páginas formadas en metal y las pruebas de rol listas para ser leídas por un corrector. Mucho le ayudó vivir a tres cuadras de la imprenta, en la calle de El Carmen, y su disponibilidad para sacar adelante el trabajo. Tanta determinación rendiría buenos frutos décadas más tarde.

Rumbo a Italia

No fue la suerte lo que condujo a Ramón a Europa en 1962, sino haber ganado, en un concurso, la beca que por aquellos años ofrecía la Unesco. Rubén Bonifaz Nuño, entonces director de la Imprenta Universitaria, invitó a varios trabajadores a concursar: se presentaron tres aspirantes por parte de la UNAM —Jesús Arellano, Ramón Luna y Heriberto Malváez— y otro más de la Secretaría de Educación Pública. No era fácil ganar el concurso para una persona que desconocía el idioma, pues sólo había cursado seis meses de inglés en el Instituto Mexicano-Norteamericano de Relaciones Culturales. Sin embargo, fue el primero en este examen que exigía también amplios conocimientos en el trabajo de imprenta.

Pero como los duendes abundan no sólo en las imprentas, la beca que originalmente era para estudiar en Francia terminó por ofrecerse para Milán, Italia, y Harlem, Holanda, con el fin de actualizarse en la fundición de tipos, aún elaborados en matrices individuales. Hubo necesidad de aprender el italiano en un lapso de tres meses, en Perusa, Italia, aunque con anterioridad tuvo que machetearlo a diario en un breviario que compró por su cuenta. Sólo así podría comprender el curso de tipografía que lo condujo

al otro lado del Atlántico. Tendría que conocer el trabajo en máquinas modernas especializadas en composición y en formación, estas dos últimas fundidas hoy en día en una sola actividad: la formación de textos en programas de cómputo como Ventura y Page Maker, primero, e InDesign, después. El buen capturista que componía las páginas prácticamente ha pasado a la historia, porque hoy en día el autor entrega su texto en un archivo digital para que el corrector lo lea en pantalla o en papel.

Permanecer en el camino

El 15 de enero de 1984, Ramón Luna se jubilaba como regente de la Imprenta Universitaria. Había concluido un periodo de 41 años de trabajo y estaba listo para el descanso. Fue inútil. El destino y la UNAM le tenían deparadas muchas más labores editoriales, aquellas a las que se entregó con tanta responsabilidad y compromiso. El doctor Roberto Moreno de los Arcos, a la sazón director del Instituto de Investigaciones Históricas, le abrió otro futuro: se enteró del retiro y le ofreció laborar con él. Apenas y lo dejó descansar quince días, porque el lunes 30 de enero ya estaba integrado a sus nuevas tareas. Traía consigo todo el bagaje de conocimientos que le dio la experiencia en la imprenta. Ahora, la vida le ofrecía la oportunidad de aplicarlos en otra entidad de la UNAM. ¡Quién iba a decir que le esperaban 27 años más de trabajo, ahora en el Instituto de Investigaciones Históricas!

Aquí, la primera encomienda fue el rediseño del formato del boletín *Históricas*, cuya editora era Cristina Carbó. Hasta hoy, el sello de Ramón Luna permanece en las 28 series y son más de 300 libros del Instituto en los que también aparece su huella. En cada uno de éstos ha sido responsable del marcaje de cajas, fuente tipográfica, medidas y cortes del libro, cornisas; de la revisión de las pruebas azules, ahora ya desaparecidas; del cálculo de lomos, del papel para enviar a la imprenta, así como del despliegue requerido por el impresor. A estas tareas se añade la mirada minuciosa que, en cuestión de segundos, ubica las erratas en los textos. Al respecto, recuerdo el ejemplo que con frecuencia le he oído decir: “No es lo mismo sufrir un examen de inglés, que sufrir un examen de ingles”.

Su llegada fue el motivo por el que se comenzó a organizar un departamento de publicaciones para el instituto, donde laboraban cinco técnicos académicos: Juan Domingo Vidargas, Patricia Osante, Ricardo Flores, Rosalba Alcaraz y Cristina Carbó. Aquí reencontró rostros que con anteriori-

dad había conocido en la Imprenta Universitaria: los de Amaya Garritz, Virginia Guedea, José Rubén Romero, Lupita Borgonio, Patricia Osante, Juan Domingo Vidargas... Y durante los años que siguieron, las labores dedicadas a las obras de Miguel-León Portilla le dieron el conocimiento del náhuatl.

El maestro Luna no se cansa de apelar al buen gusto en los libros. Con su voz grave de barítono señala: “Es una lástima que se busque hacer libros bonitos sin pensar en la corrección de una caja o de un interlineado, o en las proporción de las sangrías”.

Y sus normas son precisas: quitar el punto final al colofón porque se trata de líneas centradas; evitar finales de líneas con monosílabos en una formación en bandera; dar mayor espacio antes de un subtítulo y menor después de él; asignar mayor puntaje a las plecas de apertura y de cierre de un cuadro, entre otras. “Cuestión de elegancia —añade— y, por supuesto, para procurarle al receptor una lectura más cómoda. Todo se reduce a pensar siempre en hacer ligera la lectura y no en que se note el trabajo del editor o del diseñador.”

De Ramón Luna Soto aún hay muchos días, meses y años para recordar toda una vida en la carrera editorial universitaria. Ésta es sólo una pincelada de aquel mar de recuerdos.

